

hablando es un *sub-stare* o sujeto sustentador de accidentes y estados de contingencia, todo lo cual es propio de los seres cósmicos. Esta es la idea de sustancia que S. Agustín recoge del ambiente y hace suya. Se explica entonces que el uso de este término para designar con propiedad a Dios sea un *abuso* del lenguaje, sobre todo cuando el término *esencia* conectado con el célebre texto del Exodo evitaría el inconveniente de confundir la absolutez, simplicidad y trascendencia del ser divino con los seres cósmicos. Por estas razones, Dios es más propiamente esencia. Esencia deriva de ser y Dios es precisamente el Ser» (p. 287). Se cierra el capítulo con consideraciones en torno a la materia y forma, así como a la materia informe; al género y a la especie; al tiempo y a la eternidad; y, por último, a la estética agustiniana.

El capítulo séptimo (*Antropología femenina*, pp. 341-394) acomete un tema hasta el presente poco estudiado y que esclarece la capacidad innovadora que el cristianismo ejerció sobre las estructuras culturales de la Antigüedad. No sólo analiza este último capítulo cuestiones de moral sexual, sino que presenta la igualdad hombre-mujer, tal como es defendida por el cristianismo en contra de las costumbres paganas.

Según se ha podido apreciar de nuestra escueta presentación, esta obra abarca variados aspectos del pensamiento agustiniano: desde cuestiones de metafísica hasta filosofía práctica. A partir de la experiencia básica de su encuentro personal con Dios, el Hiponense enjuicia la tradición filosófica grecorromana y plantea problemas fundamentales sobre el ser, el hombre y la vida humana en su doble versión masculina y femenina, a nivel individual y social. El tratado del profesor Blázquez constituye, pues, una excelente presentación de la filosofía de San Agustín y muestra acertadamente la vertiente humanística de aquel gran Padre de la Iglesia que sigue siendo hoy en día de gran actualidad.

Alberto VICIANO

André VILLEY, *Alexandre de Lycopolis. Contre la doctrine de Mani*, Paris, Editions du Cerf («Sources Gnostiques et Manichéennes», 2), 1985, 364 pp., 12,5 x 19,5.

A. Villey, profesor de Filosofía en la Universidad de Caen, señala en el prólogo del volumen el doble objetivo de su investigación: de una parte, presentar por vez primera a los lectores de habla francesa un «commentaire perpétuel» (p. 9) de un texto cuya extremada concisión se hace difícil para los distintos intérpretes; y la segunda finalidad propuesta es la de completar, con nuevas luces e informaciones, la edición inglesa, que realizaron P. W. van der Horst y J. Mansfeld, en 1974, de esta misma obra del escritor de la ciudad egipcia de Licópolis. Digamos ya al comienzo de estas líneas que el prof. Villey alcanza con creces ambas metas propuestas.

Después de señalar una somera lista de abreviaturas y siglas, en la que aparecen todas aquellas fuentes más importantes acerca de este sincretismo radical, muy próximo al gnosticismo, y que la historia del pensamiento ha dado en llamar maniqueísmo, el A. indica, ya en la introducción de su libro, el único dato, proveniente de Focio (s. IX), que poseemos sobre Alejandro de Licópolis, a quien el patriarca bizantino supone cristiano y, además, obispo de la ciudad egipcia. A. Villey, siguiendo la opinión más verosímil, piensa que Alejandro no era más que un buen pagano, filósofo de profesión, que, al contemplar cómo sus colegas de profesión y sus amigos se dejaban embaucar por las doctrinas maniqueas, escribe la presente obra, entre los años 277 y 302, para dejar en ridículo, con argumentaciones naturales y meramente filosóficas, la falsedad del pensamiento de Mani.

Sin duda, el tratado de Alejandro presenta un doble interés. En primer lugar, se trata de uno de los más antiguos testimonios para el estudio del maniqueísmo; de ahí la importancia de la investigación realizada por A. Villey, que trata de precisar con claridad la naturaleza de los contactos de Alejandro con los maniqueos, la identidad de sus informadores, las fuentes que pudo utilizar, etc. Todas estas cuestiones son tratadas magistralmente por el A., al hilo de sus comentarios respecto al tratado del filósofo de Licópolis, y revelan el valor testimonial de primer orden que encierra la obra de ese autor de finales del siglo III del cristianismo. Es precisamente la investigación de todos esos aspectos la que pone de manifiesto la gran intuición científica del prof. Villey. En efecto, no se conforma el A. con presentar las distintas posiciones que se han mantenido, respecto al carácter testimonial del tratado de Alejandro, entre dos grandes conocedores de la doctrina de Mani, como han sido H. H. Schaeder y R. Reitzenstein, quienes sostuvieron posiciones antagónicas sobre la antigüedad de Alejandro; sino que Villey insinúa al lector de su libro las dificultades con que se encontraban dichos investigadores germánicos y los nuevos datos con que hoy podemos contar, gracias a los descubrimientos que han tenido lugar en los últimos cincuenta años.

Con todo, el valor testimonial de la obra del de Licópolis no es el único encerrado en su breve tratado. Alejandro es un filósofo y, como tal, posee un sistema de pensamiento, que nos da a conocer las grandes líneas de la evolución del neoplatonismo alejandrino. Bajo este aspecto, también es digno que resaltemos, como lo hace el mismo A. en distintas páginas, la incompatibilidad de la doctrina de Mani no sólo con el platonismo, sino con los principales sistemas filosóficos de las grandes escuelas griegas.

A. Villey introduce al lector en los principales puntos doctrinales de la filosofía encerrada en el *Contra la doctrina de Mani*, deteniéndose especialmente en la investigación del primer principio, la producción de la materia, el alma del mundo, los seres intermedios, la providencia, el hombre, el mal, etc. El análisis de estos aspectos señeros en la filosofía de Alejandro lleva a decir al A. que el filósofo egipcio «nous apparaît comme le témoin d'un platonisme en devenir» (p.

44). También son interesantes las ideas expuestas por el A. acerca del método utilizado por Alejandro en su obra: resumen de los dogmas de sus adversarios, para más tarde refutarlos. Un breve recorrido por los distintos manuscritos que nos transmiten la obra del antiguo filósofo egipcio —en este punto, el A. se siente heredero de la edición crítica realizada por A. Brinkmann en 1895—, y las distintas ediciones y traducciones de que ha gozado la obra de Alejandro ocupan las últimas páginas de la introducción del volumen que reseñamos.

Respecto a la traducción francesa realizada por el prof. Villey, basada igualmente en la edición de Brinkmann, es modélica. Se ajusta a la literalidad del texto, pero no por ello —y es el gran peligro que encierran esta clase de traducciones— pierde fluidez y colorido para el lector de nuestros días. Es cierto que algunos pasajes son difíciles de trasladar al decir moderno, como lo demuestran las distintas versiones modernas de la obra de Alejandro, pero el A. ha conseguido soslayar tales dificultades con buenas maneras.

Como ya hemos indicado, las páginas que mayores elogios merecen en el presente trabajo que comentamos son las dedicadas, en la segunda edición, al comentario de la segunda parte del texto de Alejandro, donde el filósofo egipcio refuta racionalmente los dogmas maniqueos. Esta sección, además de ser la más extensa, pues abarca casi una tercera parte del total de la investigación realizada por A. Villey, es la más trabajada y, por ello, es la que ofrece mejores y más completos resultados para el lector.

Son dignos de destacar igualmente los detallados *Índices* de Autores y Materias. Y completa el volumen una breve bibliografía de obras modernas sobre el maniqueísmo.

Por todo lo dicho, y como valoración final, sólo nos resta felicitar al A. por la presente investigación, que será, sin duda alguna, de un gran interés para los historiadores tanto de la filosofía como de la teología, preocupados por conocer mejor el maniqueísmo.

Marcelo MERINO

Romanus CESSARIO, *Christian Satisfaction in Aquinas: towards a personalist understanding*, Washington D. C., University Press of America, 1982, XXII + 368 pp., 14 x 22.

La 'satisfacción' ha tenido mala prensa en estos últimos años. Este hecho es particularmente desafortunado por varias razones: 1) la importancia del pecado como *ofensa* a Dios queda rebajada; 2) los actos satisfactorios —es decir, penitenciales— de los cristianos, en unión con Cristo Cabeza, parecen ser innecesarios; y quizá más fundamentalmente, 3) no se ve que Cristo haya hecho más *por nosotros* que el habernos dado un ejemplo maravilloso y singular de una vida total-